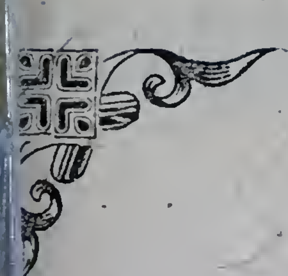



JOYAS DEL TEATRO.

COLECCION DE LAS MEJORES OBRAS DRAMÁTICAS REPRESENTADAS

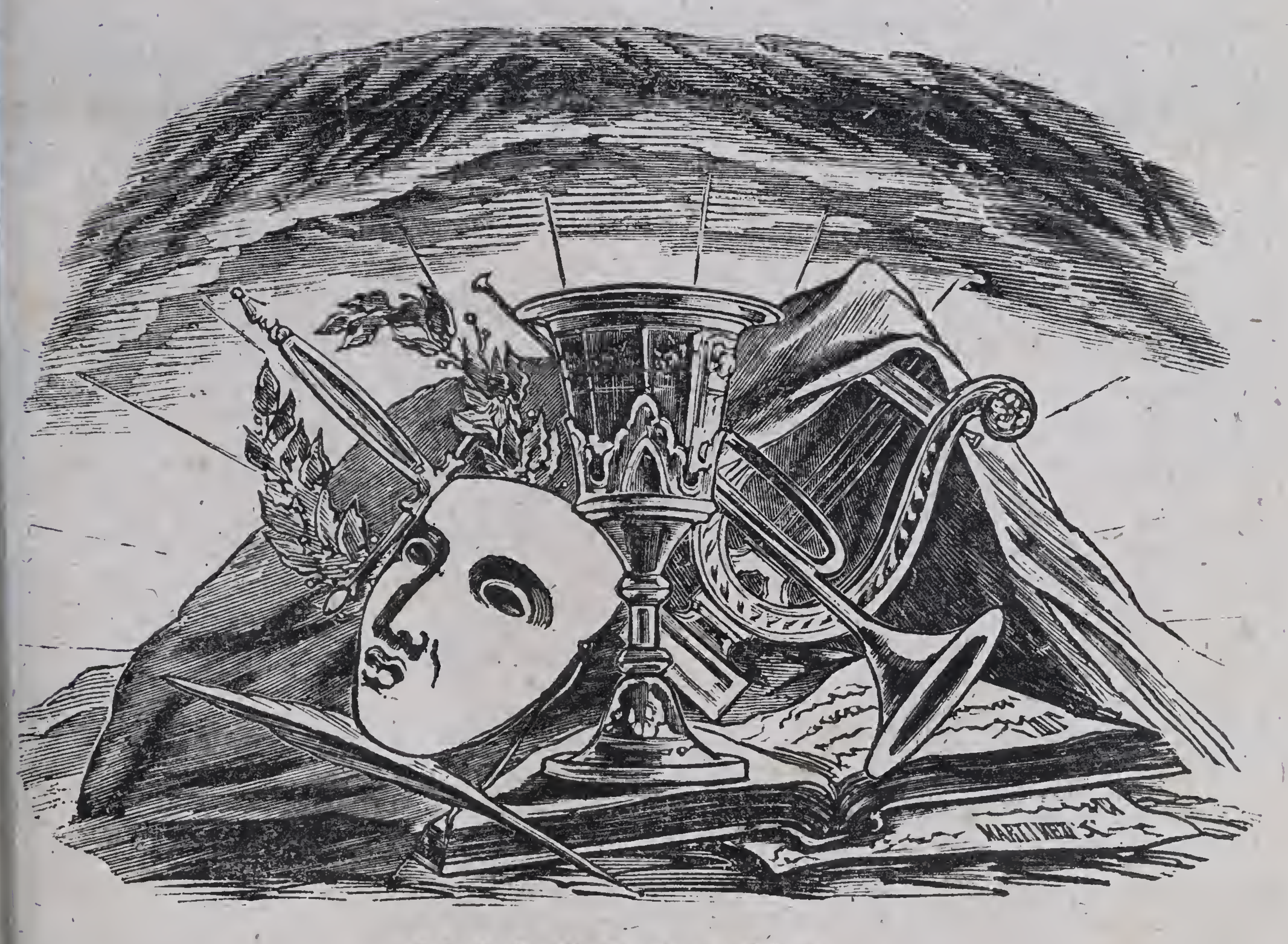
EN TODOS LOS TEATROS DE ESPAÑA Y ULTRAMAR.

TEATRO PRINCIPAL.

QUEBRANTOS DE AMOR,

drama en tres actos y un prólogo.

4 reales en Barcelona.—5 fuera.



BARCELONA,

Imprenta y librería de la Sra. Viuda é Hijos de MAYOL, editores,

calle de Fernando VII, núm. 29.

1849.



QUEBRANTOS DE AMOR,

DRAMA EN TRES ACTOS, PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO,

arreglado al teatro español por D. Francisco Luis de Rétes.

Personages.

VERTHER.	EL MAYOR.	CARLOTA.	La Sra. VOLF.
ALBERTO.	BRAND.	ELENA.	DOROTEA.
GOETHE.	FRITZ.		

PRÓLOGO.

EL DESENLACE DE UNA NOVELA.

Un salon al estilo aleman; Al fondo derecha una escalera. — Puertas á la derecha, izquierda y fondo. — En el primer termino derecha una mesa, izquierda otra mesa con una vasija de cristal donde hay un ramillete de azucenas marchitas. — Un armario en el segundo término izquierda.

ESCENA PRIMERA.

LA SEÑORA VOLF, DOROTEA, CRIADOS.

VOLF. (*Á una criada.*) Gertrudis, llevad esas porcelenas. — Vos, Jorge, esas botellas de vino del Rhin. — Y vosotras esos manteles (*Las criadas sacan los manteles del armario y se los llevan.*) Vivito, vivito... que es tarde! van á llegar los convidados de mi sobrino Alberto y la mesa no está puesta todavía. -- Dorotea?

DOROTEA. Señora.

VOLF. Sabeis si está ya preparada mi sobrina Carlota?

DOROTEA. Está concluyendo su tocado, señora Volf.

VOLF. Y su primo?

DOROTEA. El señor Alberto ha salido.

VOLF. Por fuerza hay novedades. -- Hoy se ha levantado Alberto mas alegre que de costumbre, y cuando Carlota y yo le preguntamos la causa de su júbilo, nos respondió que nos lo diria cuando se hubieran reunido todos los convidados. -- Pero á propósito, donde está su amigo el señor Verther?

DOROTEA. Esta mañana salió, y no ha vuelto.

VOLF. Qué jóven tan original! dos meses hace que está aquí y todavía no he podido acostumbrarme á sus caprichos. — Cuando llegó estaba alegre, cariñoso; no hacia mas que hablar ó tocar el piano en compañia de Carlota, pero de repente se puso triste, silencioso y ahora apenas se le vé....

ESCENA II.

DICHOS, BRAND.

BRAND. (*Deteniéndose en la puerta.*) Vive aquí la señora Volf?.

VOLF. Si señor; á quien tengo el honor...

BRAND. Soy Brand, librero de Francfort.

VOLF. (*Saludando.*) Ah! sois librero! es muy bella profesion--Tomad asiento--Venís sin duda á buscar á mi sobrino el doctor Alberto?

BRAND. No señora, sino á uno de sus amigos de universidad á Juan Goethe.

VOLF. Ah! sí, el jóven que está en el pabellon este del jardin... escritor creo.

BRAND. Si señora.

VOLF. Voy á disponer que le avisen.

DOROTEA. (*Que ha estado observando en la puerta de la derecha.*) Aquí viene.

VOLF. Entonces... os dejo con él — (*Saludando.*) Servidora vuestra.

BRAND. (*Id.*) Señora...

(*Vase la señora Volf con Dorotea por el fondo.*)

ESCENA III.

BRAND, GOETHE *por la derecha.*

GOETHE. Vos aquí, señor Brand?

BRAND, Si, tenia un asunto en Offenbach y no quise volver á Francfort sin hacer una visita al autor de Goetz de Berlichmgen.

GOETHE. Es mucho honor para mí...

BRAND. Queria felicitaros por vuestra obra — Magnífica concepcion! se han agotado tres ediciones en seis meses — Yo, aunque soy librero, siempre he tenido aficion á la literatura! Estas son las obras que debe proteger la Alemania, si quiere conseguir honra.

GOETHE. Y provecho para los editores.

BRAND. Ah! ya olvidaba hablaros de un asunto que á los dos nos interesa, de aquel manuscrito que tuvisteis la bondad de mandarme. (*Se le saca.*)

GOETHE. Le habeis leido?

BRAND. Sí, es muy lindo... tiene caracteres, buen estilo, interés, pero por desgracia no es mas que una novela.

GOETHE. Una novela traté de escribir solamente.

BRAND. Sin duda, pero la novela es un género facilísimo que el público tiene en poco! y además ahora la venta no es cosa... nuestro comercio está arruinado, completamente arruinado.

GOETHE. De modo que el señor Brand considera inoportuna la publicacion de mi Verther?

BRAND. No digo tanto; y ciertamente celebraria en estremo el entrar en tratos con el autor de Goetz de Berlichmgen; un libro del que se han hecho tres ediciones! pero he tenido pérdidas de consideracion y es preciso andar con piés de plomo.

GOETHE Teneis razon, señor Brand.

BRAND. (*Vivamente.*) Ah! conqué os parece...

GOETHE. Ya habia yo pensado en eso... y en otras cosas.

BRAND. (*Con alegría.*) Es decir que nos entenderemos, y vuestra obra...

GOETHE. No se publicará (*Coge el manuscrito.*)

BRAND. Que decís?

GOETHE. No: temo un desaire que comprometa una reputacion que aun no está enteramente establecida.

BRAND. De ningun modo, al contrario, n puede menos de aumentarse...

GOETHE. Y además si he de decirlo todo, m querido señor Brand, tengo otra razon.

BRAND. Apostaria á que otro editor os ha h cho proposiciones...

GOETHE. No: se trata de una razon de del cadeza.

BRAND. No entiendo.

GOETHE. Cuando abandoné á Francfort acep tando la proposicion de Alberto que me ofr cia un retiro en Offenbach, no tuve mas obje que el de proseguir tranquilamente en med de esta soledad los trabajos que tenia comen zados; pero en esta casa he encontrado mot vos de estudio que me han separado de mi pr mera idea. — Bajo la calma aparente de esta f milia se agitaba un drama apasionado é inter sante del cual me apoderé al momento.

BRAND. Y ese es el argumento de vuestra n vela?

GOETHE. Conservando los hechos, los cará teres y los sentimientos de las personas! D beis comprender el placer que esperimentai cuando pintaba á la naturaleza viviente, cua do sentia palpitar y vivir los modelos á propia vista. Terminado mi estudio, os le mai dé con aquel deseo que todo artista esper menta de ver juzgada su obra; pero despu reflexioné, — me pregunté á mí mismo si ten el derecho de descubrir unos secretos que habia sorprendido, de publicar por decirlo a las memorias de su alma, sin permiso ningun — entonces me acometieron algunos escrúpu los, y ya iba á escribiros pidiéndoos me devo viérais el manuscrito.

BRAND. Y vuestro trabajo será inútil.

GOETHE. Mucho me lo temo.

BRAND. Eso es imposible — no penseis en el señor Goethe... yo no puedo permitir un sa crilegio... Si señor, un sacrilegio — porque e te libro es una obra maestra.

GOETHE. No es mas que una novela.

Brand. Precisamente el género mas difícil y que mejor comprende el público. El escrito será inmenso, se analizará; se imitará, se traducirá — si soy yo el editor, porque todo depende del editor, — el autor no hace mas que el libro — el editor proporciona el éxito! Sino fuera por mí quien conoceria á Schiller? Vamos, vamos, señor Goethe, devolvedme vuestro manuscrito y dentro de un mes toda la Alemania se ocupará de vos.

Goethe. No puedo resolverme á ello.

Brand. Pero que os detiene? es lo que os he dicho, las condiciones. — Vaya haré un sacrificio, os daré trescientos ducados.

Goethe. Os lo agradezco, pero...

Brand. Daré quinientos.

Goethe. Está muy bien pagado.

Brand. (*Vivamente.*) Con qué aceptais?

Goethe. Es imposible, señor Brand, ya os he dicho las consideraciones que me impedian..

Brand. Esas consideraciones son exajeradas, vuestros escrúpulos son lo que nosotros los libreros llamamos caprichos de artistas.

Goethe. (*gravemente*) Os engañais, señor Brand, son caprichos de honor, y nadie en el mundo me obligará á hacer lo que no debo.

Brand. Ah! eso es diferente... si lo tomais por ahí, nada puedo deciros — no obstante, si por una casualidad mudarais de parecer, me atrevo á esperar que yo seria el preferido.

Goethe. Os lo prometo.

Brand. Y cuidariais de avisarme.

Goethe. Al instante.

Brand. Corriente: señor Goethe, hasta la vista.

Goethe. A Dios, señor Brand.

Brand. A Dios (*va y vuelve*) Ah! ya os he dicho que aunque soy librero he tenido aficion á la literatura — si me cedeis vuestra novela y cien ducados mas.

Goethe. (*ofendido*) Señor Brand!

Brand. Seiscientos ducados en dinero contante. (*vase.*)

ESCENA IV.

Goethe *solo sonriendo.*

Todos son iguales! dinero! pronuncian esta palabra como los primeros cristianos pronunciaban el nombre de Cristo. El tal Brand es un carácter del que se puede sacar partido — Ah! aquí viene el heroe de mi novela.

ESCENA V.

Goethe, Verther *por el fondo con un ramillete de azucenas.*

Verther. (*sin ver á Goethe*) No está aquí Carlota!

Goethe. Buenos dias, Verther.

Verther. Goethe!

Goethe. Venís de vuestro acostumbrado paseo por la ribera del Mein?

Verther. Sí.

Goethe. Allí sin duda habeis cogido ese ramo de azucenas?

Verther. Sí, me gustan mucho estas flores.

Goethe. Y son las que prefiere Carlota.

Verther. Quién os lo ha dicho?

Goethe. No cojeis para ella todos los dias un ramillete?

Verther. Yo?

Goethe. (*señalando á la vasija de cristal.*) Todavía está ahí el de ayer, y vos venís á quitarle porque está ya marchito y á poner ese otro en su lugar, como haceis todos los dias.

Verther. De donde sabeis eso?

Goethe. Olvidais que nosotros los poetas ó pensadores queremos pintar el alma del hombre, y que ese deseo nos obliga á estar observando continuamente, — que adivinamos los menores síntomas de la pasion y de la vida, como el médico descubre los de la enfermedad y la muerte.

Verther. Y bien?

Goethe. Vuestra tristeza me llamó la atencion, miré, ví, y comprendí.

Verther. Que habeis podido comprender?

Goethe. Que para ser feliz, Verther, necesitabais haber llegado aquí hace un año, cuando Carlota no estaba comprometida con Alberto.

Verther. Oh! hablad bajo.

Goethe. Nada temais: ni vuestra asidua constancia, ni vuestra mal comprimida desesperacion han podido despertar en Alberto sospecha alguna. Dueño de sus emociones y de sus pensamientos camina en medio de su estoica tranquilidad, sin sospechar la tremenda agitacion que os despedaza; por lo que toca á Carlota, la fidelidad la defiende y no cree poder faltar á la palabra que tiene dada; cumple con su deber sin preguntarse á sí misma cuales son sus deseos.

Verther. (*que mira á Goethe*) Sí, teneis razon Goethe — nos habeis ecsaminado bien, nos conoceis tales como somos (*sonriéndose*) y algun dia podeis aprovecharos de vuestro estudio.

Goethe. (*con intencion*) Con que creeis que el artista debe pintar... lo que ve?

Verther. Su mision es esa; el arte puede enseñarle á modelar su estatua pero para que se anime necesita como Prometeo robar una chispa del fuego de la vida.

Goethe. Y que diriais si para resucitar una obra, robase yo esa chispa aquí mismo?

Verther. Vos?

Goethe. Si ese agitado drama que la casualidad me ha hecho presenciar me hubiera inspirado un libro, en donde la verdad fuera inseparable compañera de la fábula...

Verther. Es posible!

Goethe. La obra seria vuestra tanto como mia, porque como vos decís yo no hubiera hecho mas que modelar la estatua.

Verther. Pero ese libro...

Goethe. (*tomando el manuscrito*) Es este: á vuestro juicio le someto.

Verther. Cómo! vos quereis...

Goethe. Leedle y despues decidme lo que debo hacer.

Verther. Yo!

Goethe. Leed — (*vase*)

ESCENA VI.

VERTHER *solo*.

Un libro inspirado por lo que ha visto? cuyo argumento le hemos proporcionado nosotros mismos. (*mira el manuscrito*) Hasta los nombres! el mio! el de Alberto! el de Carlota! Con que hemos sido para él, cadáveres que ha destrozado con su escalpelo — Sin duda ha adivinado mis tormentos ocultos, los ha contado, los ha descrito y ahora querrá mostrar al pueblo mi alma llena de las mordeduras del dolor, como los romanos mostraban en el circo á los cristianos despedazados por los leones—Ah! no permitiré que se profanen mis emociones mas caras, mas santas.—Mio es el secreto de mis pesares, me pertenece, es mi única riqueza y mientras viva nadie me la arrancará. (*Arroja el manuscrito en la mesa de la izquierda. Oyese cantar á Carlota*)

La alegre primavera
gozosa se avecina,
la errante golondrina
vuelve al tranquilo hogar.
Corónanse de flores
las margenes del rio,
risueño el bosque umbrío,
risueño el monte está.

Verther. Es Carlota! — Sí, está cantando la antigua balada de la primavera que nos enseñan en la cuna. — Oh! cuando canta asi! no puedo decir lo que siento... paréceme que una brisa consoladora me trae todos los recuerdos de la infancia.

ESCENA VII.

VERTHER, CARLOTA.

Carlota. (*entra talareando la cancion*) (*v á Verther*) Ah! señor Verther! ya de vuelta

Verther. Todavía no os he visto hoy.

Carlota. (*dandole la mano*) Salisteis al amanecer...

Verther. Me visteis?

Carlota. Sí, desde mi ventana donde estab regando las flores que me habeis dado: apena se os ve. Casi siempre pasais el dia lejos d nosotros. Haceis mal, señor Verther. (*Mientra habla arregla unos frutos que hay en una ban deja sobre la mesa.*)

Verther. Mal? y porqué?

Carlota. Porque asi es imposible veros.

Verther. (*con abatimiento*) Qué importa Quién me necesita? para que sirvo? Bien pu do impunemente prolongar mi ausencia porqu nadie espera mi regreso.

Carlota. (*dejando caer la fruta en la bandeja*) (*aparte*) Siempre triste!

Verther. Vos misma, Carlota, vos que m reconvenís porque os abandono, desearíais sen tir que volviese.

Carlota. Porqué?

Verther. Cuando Alberto está á vuestro la do hablandoos de sus esperanzas, arreglando e porvenir segun vuestros deseos, haciendoo esas confidencias que vos sola podeis saber, e ruido de mis pasos desace tan dulces ilusiones sueños tan bellos, y yo llego á vuestra presen cia como si fuera un estraño importuno.

Carlota. Vos un estraño, Verther! que in justo sois! eso es decir que n creeis en nues tra amistad; — no veis cuanto vuestra sombrí afliccion nos aflije?

Verther. A vos tambien, Carlota?

Carlota. (*con sencilla sensibilidad*) A m tambien — porque aunque no tengo los mismo derechos á vuestra confianza, porque nuestr amistad es mas reciente, os profeso mas ca

ño del que imaginais — En vano todo lo que me rodea procura complacerme; cuando os veo triste no tengo valor para ser feliz. Si estais usente, la idea de que os encontrais solo y desconsolado se apodera de mí en medio de mi alegría y la detiene, si estais presente, vuestro sombrío abatimiento me yela. —En fin por odas partes me persigue el recuerdo vuestro!

VERTHER. Será cierto?

CARLOTA. Ah! quisiera poder convenceros de que no sois un estraño para nosotros, quisiera que cualquier sacrificio...

VERTHER. (*con alegría*) Es posible! ah! si o me atreviera á creer, — si pudiera esperar ue tuvierais en tanto mi felicidad.

CARLOTA. (*conmovida pero con sencillez*) Si ara devolveros la alegria, Verther, fuera necesaria mi vida os la daria sin vacilar.

VERTHER. (*con trasporte de alegría*) Pues ien, Carlota, escuchadme, si para librarme de la esesperacion yo os pidiera esa vida que estais ronta á sacrificar, que hariais?

CARLOTA. (*asombrada*) Que estais diciendo?

VERTHER. (*con mas viveza*) Si os dijera que esos amargos pesares, de esas dolorosas asraciones, de esa necesidad de hallarme solo, fin de esta fiebre que atormenta mi vida vos odriais librarme.

CARLOTA. Yo!

VERTHER. Que en vuestras manos teneis mi ntura, en fin que os amo.

CARLOLA. Dios!

VERTHER. Qué responderiais?—Callais? Ah! ablad; ahora es preciso; qué responderiais?

CARLOTA. (*con una agitacion que apenas pue dominar*) Responderia... lo que ya sabeis, ñor de Verther... que tengo mi palabra emñada, que estoy comprometida... que es imsible!

VERTHER. Imposible! no! aun no habeis mplido vuestra promesa y vos no amais á Alrto.

CARLOTA. Porqué lo decís?

VERTHER. No le amais .. al lado de la perna que se ama nadie tiene esa tranquila aiea — al contrario su ausencia hace padecer — presencia turba, cuando mira, cuando ha- el corazon tiembla, se siente una felicidad funda — dan deseos de llorar. — Os sucede o eso cuando estais al lado de Alberto?

CARLOTA. (*turbada mirando á Verther*) Al o de Alberto... no.

VERTHER. Y no veis con que indiferente paciencia espera el mismo el cumplimiento de vuestra promesa? El puede vivir sin vos, Carlota, — pero yo— si os pierdo... Oh! si os pierdo nada tengo que esperar, nada tengo que hacer en esta vida donde unicamente me detiene mi amor.

CARLOTA. (*muy turbada*) No digais eso, Verther, me despedazais el corazon... mi razon se estravia — Verther dejadme.

VERTHER. (*fuera de sí*) Carlota, óyeme, rompe ese matrimonio... iremos á vivir lejos de aquí, donde vayamos seremos felices — Carlota, ten piedad de mí.

CARLOTA. Oh! Verther! Verther!

VERTHER. Te amo! te amo!

CARLOTA. Dejadme, Verther... oh! oigo ruido.

ALBERTO. (*Fuera.*) Avisadme al instante.

VERTHER. Es la voz de Alberto.

CAQLOTA. Aquí está ya.

ESCENA VIII.

DICHOS, ALBERTO *por el fondo.*

ALBERTO. Os venia buscando. Apenas he podido ver á Carlota en todo el dia y tenia que darle una buena noticia. (*Se acerca, la mira y se estremece.*) Pero qué teneis?

CARLOTA. Yo?

ALBERTO. Estais turbada, qué ha sucedido?

CARLOTA. Nada: Estaba oyendo al señor Verther.

ALBERTO. Ah! entonces no lo estraño... habrá dejado ver ese desaliento que tanto nos aflije.

VERTHER. Es verdad: mi corazon se ha abierto á pesar mio.

ALBERTO. (*Tomándole la mano*) Pobre corazon, siempre agitado, siempre aspirando á lo imposible. (*Verther retira la mano.*) Pero nada podrá devolveros la tranquilidad y la resignacion.

VERTHER, (*Con amargura.*) La resignacion! esa es la parte que á mí me corresponde? y porque he de resignarme! la resignacion! Fácil consejo que dan los que son felices.

ALBERTO. Sí, lo soy, Verther. Soy muy feliz porque creo en la justicia de Dios y en el cariño de mis amigos; pero esa felicidad no la he obtenido sin esfuerzo.

CARLOTA. Ah! vos la habeis merecido. Cuantas veces he oido contar á mi tia las duras pruebas que tuvisteis que sufrir huérfano, po-

bre, por todos abandonado, vos solo no os abandonasteis, habeis combatido, habeis esperado y habeis perseverado.

Alberto. Y nunca he dudado de la amistad: por eso la amistad me ha ayudado, me ha socorrido; porque todos mis esfuerzos hubieran sido inútiles si Hermann, mi compañero de Universidad, no me hubiera dado sus consejos, su proteccion, sus riquezas; todo, todo lo ha prodigado para socorrerme... ha sido para mí mas que un hermano... y á él despues de Dios debo mi ventura sobre la tierra; á él y á vos, Carlota.

Carlota. (*Sorprendida.*) Qué decís?

Alberto. (*A Carlota.*) Sí, ahora puedo confesarlo, hace seis años, cuando era un pobre estudiante ya os amaba!

Carlota. Vos!

Verther. Es posible!

Alberto. Habia jurado ocultároslo, porque no queria que tomarais parte en las inquietudes y tormentos de la lucha que iba á emprender. No quise hablaros hasta haber adquirido en el mundo una posicion digna de ser compartida, entretanto guardaba silencio... luchaba con mil obstáculos, pero al veros feliz renacian mis fuerzas.

Carlota. Ah! qué generosidad!

Alberto. Decid qué paciencia, pero ya llega el momento de la recompensa.

Verther. Cómo?

Alberto. Ya sabeis que faltaban algunos papeles necesarios para que se verificase nuestro enlace?

Carlota. Sí.

Alberto. Pues esos papeles llegarán hoy mismo.

Verther. Hoy!

ESCENA IX.

dichos, la señora volf *que ha escuchado cuando hablaba Alberto.*

Volf. (*Presentando los papeles.*) Aquí están.

Carlota. Ah!

Alberto. Los papeles?

Volf. Acaba de traerlos el cartero.

Alberto. Dádmelos, tia: Sí, estos son los que yo esperaba. — Hermann me ha cumplido su palabra, porque hoy he recibido una carta suya en donde decia que llegarian hoy y que tambien él vendria Esta misma noche le v remos.—Ah! encuentra todos mis deseos cu plidos, Carlota, porque tengo convidados á mis amigos, he avisado al sacerdote y to está preparado ya para nuestra boda.

Carlota. (*Aparte.*) Dios mio!

Verther. (*Aparte.*) Qué está diciendo?

Volf. Era esa la sorpresa que nos prepar bas?

Alberto. Sí tia, sí; ah! este es el dia m feliz de mi vida.

Volf. Los convidados esperan ya.

Alberto. Ya os seguimos. (*Vase la tia Vo*) (*Dando la mano á Carlota.*) Venid... Pero porqué vacilais?

Carlota. Me ha sorprendido esa noticia t inesperada.

Alberto. Os ha descontentado lo que he h cho? ah! hablad, ha cambiado vuestro cor zon para conmigo?

Carlota. No! oh! jamás he comprendi mejor que ahora cuan noble y bueno sois.

Alberto. Pues entonces qué es lo que pasado aquí!—Podeis decirmelo vos, Verth?

Verther. (*Que mira á Carlota con ans dad.*) Yo... estoy esperando... como vos!

Alberto. Y bien, Carlota?

Carlota. (*Haciendo un esfuerzo.*) Alber os dí mi palabra... esta es mi mano.

Verther. (*Aparte.*) Cielo!

Alberto. Venid, venid: nuestros amigos s esperan.

Carlota. Sí... (*Mirando á Verther con am gura.*) Voy... voy... (*Al pasar cerca de V ther.*) Adios Verther. (*A Alberto.*) Vamos. (*Vase con Alberto.*)

ESCENA XI.

verther *solo.*

Adios.. tiene razon. Adios, Carlota, porq yo ya no puedo seguir viviendo aquí.... O cuando pienso que he tenido un momento esperanza... aquí... ahora mismo... Insensat insensato! lo que ha sido compasion lo ima naste amor. Todo se acabó... hoy mismo part sin volverla á ver... Y á donde iré! qué importa! marcharé á la aventura sin mas o jeto que huir de ella. Desgraciado! y no l varé conmigo, en mi corazon, una heri incurable? (*Con desesperacion.*) Pero entonc qué esperas? Qué haré! qué haré, Dios m

(*Cae en una silla y oculta el róstro entre las manos.*) Dios mio! quien me aconsejará! (*Deja caer una de las manos la cual tropieza con el manuscrito de Goethe que está en la mesa.*) Ah! este libro, si es mi propia historia, como Goethe ha dicho, si el Verther que él pintó es otro yo, qué remedio habrá encontrado á sus males? Quiero saberlo — tal vez él me iluminará. — Veamos cual es el desenlace que yo busco. (*Lee.*)

Ultima carta de Verther á Carlota.

«Lo he resuelto, Carlota, quiero morir.»

(*Habla.*) Morir!

«Quiero morir, no porque esté desesperado, sino porque mi carrera en el mundo está ya terminada.» (*Habla.*) Terminada! tiene razon! á qué prolongar por mas tiempo una lu-·ha sin esperanza? Náufrago de la vida, he visto desaparecer la última estrella. — Ábrase ·l abismo! quiero descansar en él. Sí, Goethe, ú has encontrado el único desenlace posible. ;racias te doy porque me le has mostrado.

(*Lee.*) «Adios, Carlota: cuando una hermo-a tarde de verano, subas por la montaña, cuérdate cuantas veces hemos recorrido jun-›s el valle, tiende despues la vista al ce-ıenterio y piensa en mí cuando veas á los últimos rayos del sol poniente como agita el vien-› la yerba que cubre las losas de mi pobre pultura.»

(*Se detiene: las lágrimas inundan su rostro.*) Quiero que ella lea este deseo, el único que ıedo tener ahora. Sí, resolucion... Solo quie-› escribir unas lineas á Goethe.

(*Llama, luego escribe un billete que une al ınuscrito.*)

ESCENA XI.

DOROTEA, VERTHER.

DOROTEA. Habeis llamado?

VERTHER. (*Escribiendo.*) Sí, Dorotea. Está el señor Goethe?

DOROTEA. Creo que se está paseando en el ·din.

VERTHER. Cuando vuelva dadle estos pape-

DOROTEA. Está bien... Pero no me engaño... ıí viene la señorita Carlota con su novio.

VERTHER. Ah! (*Toma el ramillete de azuce-· que dejó en el sillon cuando entró y se lle-·las manos al corazon.*) Vamos, corazon mio, cesa de palpitar, haz el último esfuerzo, sufre por última vez, despues descansarás.

ESCENA XII.

CARLOTA, ALBERTO, VERTHER, PARIENTES.

(*Han entrado durante el último aparte de Verther.*)

ALBERTO. (*A Carlota.*) Carlota, por piedad, tranquilizaos; vuestra emocion me aterra y me aflije.

CARLOTA. No es nada, Alberto, nada, os lo aseguro.

ALBERTO. Venid.

(*Se encuentran con Alberto.*)

CARLOTA. Ah! Verther!

VERTHER. Dispensadme: no vengo á estorbar vuestra felicidad. — Poco tiempo os detendré.

ALBERTO. Qué es esto?

VERTHER. Antes de que lleveis á Carlota al altar permitidme que la entregue mi acostumbrada ofrenda.

CARLOTA. Á mí?

ALBERTO. (*A los parientes.*) Salid, amigos mios, ya os seguimos.

VERTHER. (*Presentándole el ramillete.*) Esta mañana cogí estas flores para vos, Carlota, pronto se marchitarán; pero no las arrojeis, guardadlas porque ellas os recordarán la amistad que muere, la ventura que pasa, la esperanza que solo dura un momento.—Guardadlas por mí.

CARLOTA. (*Apretando el ramillete contra su corazon.*) Ah! siempre.

(*Alberto que ha hecho salir á los convidados se acerca.*)

VERTHER. Y vos, Alberto, haced de modo que Carlota no recuerde jamás este dia con tristeza.—Sed felices.—Adios...

(*Se lanza á la escalera.*)

ALBERTO. (*Asombrado.*) Á donde va!

CARLOTA. (*Asustada.*) Verther!

VERTHER. (*Al fin de la escalera.*) Adios!

CARLOTA. (*Llorando, á Alberto.*) Seguidle, seguidle, no le dejeis solo.

ALBERTO. Qué teneis? porqué estais tan conmovida?

ESCENA XIII.

DICHOS, GOETHE *que entra vivamente por el fondo con los papeles en la mano.*

GOETHE. Verther! ah! amigo mio, sabeis adonde está Verther?

ALBERTO. Porqué venís tan turbado?

GOETHE. Leed lo que acaba de escribidme.

ALBERTO. (*Leyendo.*) «Vuestro libro me ha dicho lo que debia hacer. — Cuando recibais esta carta podreis ya publicarle porque habré deja de existir.»

CARLOTA. Dios mio!

ALBERTO. (*Corriendo á la escalera que sube rapidamente.*) Desdichado!

GOETHE. Tal vez será tiempo aun.

(*Óyese un tiro en el cuarto.*)

TODOS. Ah!

(*Alberto que está en lo alto de la escalera se precipita en el cuarto y desaparece.*)

CARLOTA. Ya es tarde!

(*Vacila, y cae desmayada en un sillon.*)

GOETHE. (*A la izquierda solo.*) Que he h cho!

(*Oculta el manuscrito en el pecho.*)

CARLOTA. (*Volviendo en sí.*) Donde está? Verther, quiero verle! (*Se levanta y ve á A berto que aparece en lo alto de la escalera* Ah! (*Quiere correr á el, pero le faltan l fuerzas y grita tendiéndole los brazos.*) Verther? ha muerto? (*Cae de rodillas.*) Al yo tambien quiero morir!

ALBERTO. (*Aparte con dolor.*) Le amab (*Se adelanta lentamente hácia Carlota, le t ma de la mano y la levanta diciendo con n bleza pero triste.*) Vivid, Carlota, yo respon de la vida de Verther! sed feliz. Sereis su

(*Carlota dá un grito y besa la mano de A berto.—Emocion general.*)

ACTO PRIMERO.

Un aposento al estilo suizo: Ventana al fondo cerrada por persianas esterior —Puertas á derecha, izquierda y fondo.—Sofá y sillones á la derecha.— piano: á la izquierda una mesa con libros y un reloj.

ESCENA PRIMERA.

FRITZ *sale con una lámpara en la mano.*

Ya ha cesado la tempestad... está amaneciendo. (*Deja la lámpara sobre la mesa y mira el reloj.*) Las siete, y todavía no ha vuelto el señor Verther. Que vida tan singular es la de mi amo. Cuando llegó de Offenbach despues de su casamiento con la señorita Carlota, dos años ha, para venir á establecerse en el Appenzel casi nunca se separaba de la señora, parecian dos enamorados: esto duró algunos meses, pero luego el señor Verther cambió repentinamente; comenzó á entristecerse, á salir solo, y á recorrer las montañas dias enteros. (*con precaucion.*) Y ahora no solo pasa el dia fuera de casa sino tambien la noche.., Dios mio! si la señora llegara á sospechar...

ESCENA II.

FRITZ, VERTHER.

VERTHER, (*abre la persiana de la ventana del fondo, despues la misma ventana y salta al teatro.*) Á tiempo llego... nadie me ha vist

FRITZ. Ah! ya me inquietaba vuestra t danza, señor.

VERTHER. (*mirando al rededor con inqu tud.*) Habla bajo.

FRITZ. No hay nada que temer, sobre t ahora que la señora duerme en la otra pa de la casa. Pero dadme la capa, está toda m jada.

VERTHER. (*Quitándose la capa y dándosel* Si, me ha sorprendido la tormenta.

FRITZ. (*apagando la lámpara.*) Qué tiem no recuerdo tempestad como esta en el Appe zel, á no ser la del otoño último, ya sabeis cual hablo señor, de la que hubo el dia q socorristeis á aquella señorita que volvia casa del anabaptista Villiams. Dios mio! q hermosa era! y noble á lo que parecia, p que Villiams la llamaba la señorita de V ghen.

VERTHER. Silencio! Has olvidado que te prohibido pronunciar ese nombre en esta ca

FRITZ. No tengais cuidado: la señora est

ausente el dia del acontecimiento. y yo he tenido mucho cuidado de no hablarla una palabra... como el señor me lo habia mandado. Pero es muy estraño que no se haya vuelto á hablar de aquella señorita. porque ella iba á san Gall que está aquí cerca.

VERTHER. Bien. bien; vete. (*se sienta.*)

FRITZ. Si señor.

CARLOTA. (*en la puerta de la derecha.*) Aquí está...

FRITZ. (*viéndola.*) Señora! (*Carlota le hace seña de que se vaya.*)

ESCENA III.

VERTHER, CARLOTA.

CARLOTA. (*ap.*) Siempre meditabundo: ni siquiera me ha visto. (*se acerca*) Buenos dias, Verther.

VERTHER. Ah! Carlota! buenos dias.

CARLOTA. (*con ternura.*) Parece que estás pensado amigo mio.

VERTHER. (*levantándose con algo de impaciencia.*) Yo? qué es lo que te lo hace pensar? no lo creas.

CARLOTA. (*con timidez.*) Perdóname, vine á saber como habias pasado la noche. pero si quieres estar solo me retiro.

VERTHER. No: si no tienes nada que hacer.

CARLOTA. (*vivamente.*) Nada: y si permites que me quede, no te incomodaré, bordaré calladito sin hablar una palabra.

VERTHER. Sin hablar!... y por qué? soy acaso un enfermo á quien incomode el ruido?

CARLOTA. (*con timidez.*) No digo eso, Verther.

VERTHER. (*con impaciencia.*) Entonces á qué vienen esas precauciones?

CARLOTA. (*sin atreverse á hablar.*) Amigo mio...

VERTHER. (*con mas viveza*) Por Dios, Carlota, no tengas ese aspecto temeroso, turbado, inquieto. Quien te impide vivir libre y alegre como antes? habla. rie. canta.

CARLOTA. Si... pero.

VERTHER. (*vivamente.*) Si te incomodo me voy.

CARLOTA. (*deteniéndole.*) No por Dios, Verther, quédate.. he hecho mal... me pondré... hablaré. cantaré puesto que lo quieres. (*ap.*) Si... quiero probar... ah! si pudiera recordarle aquellos dias que parece haber olvidado... veamos! (*Verther está sentado á la izquierda, Carlota se sienta al piano y despues de vacilar un momento comienza á cantar la antigua balada de la primavera.*)

La alegre primavera
gozosa se avecina,
la errante golondrina
vuelve al tranquilo hogar:
corónanse de flores
las márjenes del rio;
risueño el bosque umbrio
risueño el monte está

(*Al principio Verther parece conmovido, despues se agita, se levanta con impaciencia como si la cancion le recordara memorias importunas. Carlota sigue todos sus movimientos. Su voz se debilita insensiblemente y concluye por romper á llorar.*)

VERTHER. Pero qué? por qué lloras? responde, qué tienes?

CARLOTA. (*que le ha cojido de la mano.*) Que es lo que tienes tú, Verther, que la cancion que tanto te agradaba. la que te recordaba nuestro amor hoy escita tu impaciencia? Por qué no eres feliz?

VERTHER. Quien te ha dicho...

CARLOTA. (*levantándose.*) No: no eres feliz Verther... estoy segura de ello, dime, qué deseas? qué te falta? dos años hace que nuestra vida dependia de un enlace que parecia imposible, la generosidad de Alberto nos dió la ventura que apetecíamos. En cuanto fuimos el uno del otro. deseaste vivir en una hermosa soledad donde nadie pudiera turbar tus deseos ni distraerte de nuestro amor; por eso vinimos á vivir en las montañas del Appenzel y cuando esperaba ver aquí tus deseos colmados, no sé que repentina tristeza se ha apoderado de tí...

VERTHER. (*con amargura.*) Locura singular, en efecto no poder acostumbrar el alma á la inamovilidad! conque por qué hemos encontrado donde detenernos. no debemos mirar hácia adelante? no debemos desear un sol mas brillante, una tierra mas florida... es fuerza prensar la imajinacion con la realidad, cortar las alas á los deseos. y no quitar á la felicidad su traje diario hasta que el tiempo le haga un andrajo.

CARLOTA. Verther!

VERTHER. (*con impetu.*) Ah! esa lójica es una tiranía impuesta á nuestros deseos, quieren soldar las almas á los deseos como el forzado á la cadena. Es preciso que lo que una vez hemos apetecido lo apetezcamos eterna-

mente. Se nos pregunta. Por ¿qué cambias? Pregúntese al pájaro por qué vuela, al viento por qué no sopla siempre desde un mismo punto del horizonte! Lógrese que lo que una vez agrada, agrade siempre, que el cansancio no sea el término de todas las esperanzas y la conclusion de los deleites, el hastío.

CARLOTA. (*con dolor.*) Conque al fin confiesas...

VERTHER. Pues bien: si: es culpa mia no poder satisfacer la inquieta avidez de mi naturaleza? que he de hacer, si esta tranquilidad, si este aislamiento me cansan y si yo quisiera salir de él aunque para conseguirlo me despedazara el dolor. (*Viendo el gesto de afliccion que hace Carlota.*) Pero yo no sé porque esa mos hablando de esto. Tú me preguntaste, yo dije mi opinion y te estoy aflijiendo...

CARLOTA. A mí?

VERTHER. Lloras?

CARLOTA. (*enjugando vivamente las lágrimas.*) No, Verther, no... mira, ya me sonrio, yo tengo la culpa de haberte traido á la memoria esos pensamientos... no hablemos mas de eso, Verther, procuremos olvidarlos.

ESCENA IV.

DICHOS, FRITZ.

FRITZ. Señora...

VERTHER. Que quieres?

FRITZ. Ahí fuera hay un forastero que pregunta por vos... dice que es pariente de la señora.

CARLOTA Pariente!.. no sé quien podrá ser.

FRITZ Se ha quedado en el saloncito.

VERTHER. Ve á ver quien es...

CARLOTA. Con que permites.

VERTHER. Sí. (*La mira salir.*)

ESCENA V.

VERTHER *solo.*

Mis palabras la han afligido! mi boca ha confesado á pesar mio mis dolores... Ah! si llegara á saber toda la verdad .. A cada momento temo que la casualidad se lo descubra, cuando hace poco Fritz pronunció el nombre de Elena de Verghen, cuando habló de San Gall no pude menos de estremecerme... San Gall! si, allí la volví á ver — tal vez por nuestro mal — Pero quien resiste á la fascinacion de aquella espresion y ardiente belleza? Aquí mi corazon se consumió con el hastio de la costumbre cuando Elena se presentó á mi vista — oh! todavía la estoy viendo! en el momento que acudí á los gritos de los pastores, estaba de pié sobre la pendiente del precipicio pálida, pero valiente, con el cabello flotante, con la frente coronada de relámpagos: de repente salí de mi abatimiento, Elena se me apareció como una vision poética que me traia nuevas emociones, nuevos deseos... y tambien... hubiera debido preveerlo... nuevos dolores... Que habrá pasado que no he podido verla esta noche? Cuando llegué á la hora señalada á aquella puerta que solo para mí se abre, esperé en vano.

FRITZ. (*entrando.*) Esta carta para el señor. El portador dice que es urgente.

VERTHER. Dios mio!... de ella! ah! (*Lee.*)

Verther:

«Mi padre ha llegado ayer (*habla.*) cielos (*Lee.*) por eso no he podido recibirte. quiere que mañana partamos, y me ha hablado de ciertos proyectos de matrimonio que ha formado con respecto á mí; es preciso que te presentes á él, Verther, y le digas que no puedo ser sino tuya: así consentirá en nuestra union.»

Nuestra union! ah! si supiera! Gran Dios que destino tan cruel es el mio!— Quisiera detenerme en mi fatal camino, pero un poder mas fuerte que mi voluntad me obliga á proseguir adelante. — Conozco mi falta — padezco. pero persevero en ella á pesar de mis remordimientos — pues bien, si la fatalidad me conduce á la perdicion, lléveme en buen hora. — Elena no partira, no — suceda lo que quiera, yo la detendré.

ESCENA VI.

ALBERTO, CARLOTA, VERTHER.

CARLOTA. Venid, aquí está, venid, Alberto.

VERTHER. Alberto!

ALBERTO. (*Abrazándole.*) Por fin os vuelvo á ver.

VERTHER. Vos en el Appenzel!

CARLOTA. Si, nuestro amigo, nuestro hermano!

ALBERTO. (*Con ternura.*) Ah! no sin pena dejé mis ocupaciones, pero un amigo salia de Augsburgo para venir al Appenzel, á mí tambien me llamaban no solo algunos asuntos á este pa

sino mi inclinacion y me decidí á acompañarle.

Verther. Sin avisarnos!

Alberto. No tuve tiempo... además quise sorprenderos en medio de vuestra felicidad... porque ahora, Verther, creo que no deseareis nada... (*Verther vuelve la cabeza.*) Ni vos Carlota.

Carlota (*Adelanta una silla y se apoya en el sillon de Verther — Vivamente.*) Pero y vos Alberto? — habladnos de vos.

Alberto. Que os puedo decir? Pronto hará res años que me separé de vosotros y os de... casados... confieso que necesité echar ma-o de todo mi valor — Offenbach se me hizo dioso y me trasladé á Augsburgo — Allí busué mi consuelo en el trabajo — Cuando sena renacer en mi el desaliento... decia contiuemos con teson... aun resta algun descubriiento, aun puedo socorrer á algun desgraado, y poco á poco, la actividad del presen amenguó las penas del pasado.

Carlota. (*Con alegría.*) Con que habeis enntrado la felicidad?

Alberto. Sí, si he conseguido labrar la vues-.

Verther (*Interrumpiéndole.*) No nos habeis blado de un amigo que os acompañaba?

Alberto. Ah! sí, un militar anciano, un ma- que conocí en Augsburgo: vivia enton- con su hija, pero despues la encomendó á pariente suya por algunos meses y ahora ne por ella.

Carlota. Con vos?

Alberto. Sí, porque yo traigo una comision esperanza y ternura.

Verther. Que decís?

Alberto. Os acordais de Hermann?

Carlota. Vuestro compañero y protector?

Alberto. Decid mi hermano: ama perdidate á la hija del mayor: estaba ya arreglaentre las dos familias su matrimonio; pero frialdad y desvío de las últimas cartas de la jen han dado que sospechar á mi amigo; y eroso de que la ausencia haya cambiado disposiciones y no pudiendo venir el mismo que un doloroso deber le detenia al lado de madre moribunda, me escribió que viniese su lugar — Se trataba de su felicidad. que o en mas que la mia; al instante me puse amino y hoy mismo el mayor y su hija dereunirse conmigo.

Verther. Aquí?

Alberto. Sí: en primer lugar exijo que sean amigos vuestros. — Unicamente os ruego que seais indulgente con el mayor, y no os estrañe su singular caracter.

Carlota. Pues cómo?

Alberto. La costumbre del mando militar, ha dado á su acento un tono un tanto brusco, no se le puede replicar porque al momento se ecsalta.

Carlota. Ah! Dios mio!

Alberto. (*levantándose y sonriendose.*) Oh! tranquilizaos: su cólera es aparente, temeroso de que abusen de su bondad se reviste de un esterior rudo...

Verther. Y como no ha venido con vos?

Alberto. Nos separamos hace dos dias en Feldkirch donde le detuvo un asunto...

Mayor. (*fuera*) No señor, de ningun modo.

Fritz. (*fuera*) Pero permitid...

Mayor. (*fuera*) Cuando te digo que no hace falta... lo oyes... no quiero que me anuncies.

Carlota. Ay! que ruido es ese?

Alberto. Segun las señas... es el mayor.

(*El Mayor aparece disputando con Fritz.*)

ESCENA VII.

DICHOS, EL MAYOR, FRITZ.

Mayor. Digo que quiero entrar solo... que yo mismo me anunciaré... lo oyes gaznápiro?

Alberto. (*tomándole del brazo y llevándole hacia Carlota y Verther que han quedado en el proscenio*) Ya estais anunciado, Mayor.

Mayor. (*viendo á Verther y Carlota*) Ah! dispensadme señora... Servidor vuestro.

Carlota. Estais lleno de nieve señor Mayor.

Mayor. Como que salgo de ella. (*á Verther*) En buen país habeis venido á vivir.

Verther. Habeis encontrado malos los caminos?

Mayor. Malos? no: si no hay caminos: no hemos encontrado mas que ventisqueros, torrentes y montañas... creí quedarme en ellas.

Alberto. Pero no viene con vos vuestra hija, Mayor?

Mayor. Antes de que amaneciera salimos juntos de San Gall: queríamos pasar por la aldea donde vive la nodriza de mi hija, y nuestro cochero tomó un atajo que era un precipicio.—Por mas que le gritaba; Eh! que nos vamos á romper la crisma, él me decia: No tengais cuidado, mi general.—El bribon creia que

por el gusto de oirme llamar general me iba á dejar desnucar sin mas ni mas —En fin, á una milla de aquí poco mas ó menos, la rueda tropieza con un peñasco — y pataplum, de hocicos sobre la nieve.

Carlota. Dios mio!

Alberto. Y os hicisteis daño?

Mayor. Ninguno — ni el bribon del cochero — por poco le mato.

Verther. Pero y vuestra hija?

Mayor. Felizmente nos encontrábamos á un par de tiros de fusil de la casa de la nodriza y allí entró para cambiar de traje y calentarse un poco, mientras yo continué el camino á pié hasta aquí, donde nos reuniremos.

Alberto. Pero será preciso ir á buscarla.

Carlota. En efecto.

Verther. Voy á decir á Fritz...

Mayor. Nada de eso: no hay que incomodarse por mi: basta con que nos hayamos metido aquí de rondon sin que nos conozcan — y luego yo estoy aquí como en una ciudad tomada por asalto... creo que no he saludado á nadie.

Alberto. (*sonriéndose*) Si, Mayor, si habeis saludado.

Mayor, Lo celebro (*á Carlota*) Dispensadme, señora, tenia un humor de dos mil diablos — cosa que siempre me sucede... y no entiendo mas cortesias que las de cuartel, pero no importa. (*Dando la mano á Verther*) Quiero que seamos amigos.

Verther. Y yo espero que estareis aquí largo tiempo para que podamos justificar esa amistad.

Carlota. Sí, Mayor, no saldreis de aquí sin nuestro permiso; sois nuestro prisionero,

Mayor. Acepto la prision, voto á brios! como que es un país magnífico! no tenia sentido comun cuando hablabà mal de él — Ya vereis que contenta va á estar aquí mi hija... no quise decirla donde veníamos hasta que nos separamos, cómo se sorprendió!—precisamente fué en la puerta de Villiams.

Verther. Cómo! el anabaptista.

Mayor. Sí.

Verther. Conque ha sido en su casa...

Mayor. Donde se ha detenido mi hija.

Verther. (*Aparte.*) Cosa estraña!

Alberto. (*Viendo á Fritz que sale con otro criado que lleva el equipaje.*) Aquí está vuestro equipaje, mayor.

Carlota. (*A Fritz.*) Por aquí. (*Al mayor.*) Dispensadme, mayor, voy á disponer que s[e] coloque en vuestro cuarto. —Venid, Fritz.

(*Entra en el cuarto de la derecha con e[l] criado que lleva el equipaje.*)

Fritz. Voy, señora. (*Al mayor*) Es vuestr[a] esta cajita?

Mayor. Mirad el rótulo.

Alberto. Sí, es de su hija.—Elena de Ver[...]ghen.

Verther. (*Aparte.*) Elena!... (*Va á ver e[l] rótulo.*) Cielo! su hija... y va á venir, va [á] ver á Carlota.—Oh! es preciso que no se vean.

Alberto. Os vais, Verther?

Verther. Sí, tengo que hacer. Vuelvo [al] instante.—Con vuestro permiso, mayor.

(*Vase.*)

Mayor. (*Que ha ido á dejar el sombrero [y] el baston.*) Qué le ha dado?

Alberto. No os asombre esa marcha repen[...]tina; ya os he dicho que Verther tenia un ca[...]rácter muy singular. Como le dejé le encuen[...]tro, ni aun la felicidad le ha curado de su[s] fogosos caprichos.

Mayor. Ah! bien acostumbrado estoy á esa[s] naturalezas inquietas y ardientes. Bien sabe[is] que Elena padece de la misma enfermedad.

Alberto. Y algunas veces os ha dado cu[i]dado.

Mayor. Y con razon, porque una emocion [de] ese genero puede serla funesta. — Ese mal im[...]placable y que no perdona, ha ido diezman[do] mi familia, ya creia que iba á inmolar [el] último de mis hijos, y á no ser por vos, Al[...]berto, que como médico me tranquilizasteis, yo hubiera creido...

Alberto. No debeis creerlo, mayor.

Mayor. Pero que causara su tardanza?

Alberto. Aqui está ya.

ESCENA VIII.

DICHOS, ELENA.

Elena. (*viendo al Mayor*) Ah! padre mio[,] estaba preguntando por vos.

Mayor. Yo te estaba ya aguardando con im[...]paciencia. Voto á brios!

Elena. (*aparte mirando á su alrededor co[n] inquietud*) No está aquí Verther!

Mayor. (*señalando á Alberto*) No conoces [á] nuestro amigo?

Elena. El señor Alberto no puede imagina[r] tal cosa.

ALBERTO. Sí, creo que en los pocos meses
ue han trascurrido desde nuestra última en-
revista no me habreis ya olvidado... pero á
lecir verdad ya creíamos no volveros á ver.

ELENA. Villiams quiso traerme por la orilla
lel ventisquero.

MAYOR. Y te has detenido en el camino?

ELENA. Aquellos sitios agolpaban á mi ima-
inacion tantos recuerdos...

MAYOR. Ya! como te has criado en el Ap-
enzel te gustan esos magníficos espectáculos
e la naturaleza... hasta te agradan los riesgos.
amos, tiene un alma como la de Verther vues-
o amigo.

ELENA. (*Aparte.*) Si habrá recibido mi carta?

ALBERTO. Pero mi prima está esperando á la
ñorita Elena y no nos perdonará haberla de-
nido tanto tiempo.

MAYOR. Sí, sí, quiero presentarla á la que
el dia es mi única esperanza; á la persona
r quien voy á tener una familia.

ELENA. (*estremeciendose*) Cómo?

MAYOR. Has olvidado ese gran proyecto de
e depende tu felicidad y la mia?... Ya ha
gado el momento.

ALBERTO. Ah Mayor! me prometisteis no
ir todavía...

MAYOR. Vamos! quereis vos ser el primero
hablar á mi hija en favor de Hermann... Por
ha venido...

ELENA. Ah!

MAYOR. Cumplid vuestro encargo... Os dejo
Elena.

ELENA. Por Dios, padre mio.

MAYOR. No, no, es preciso...

ELENA. Pero bien... despues.

ALBERTO. Señorita: yo hubiera deseado ele-
tro momento mas favorable; pero puesto
el mayor lo quiere... dignaos concederme
conversacion á solas.

MAYOR. Eso, eso, á solas. (*A Elena besán-
en la frente.*) Vamos, hija mia, no te-
—(*A Alberto.*) Hasta la vista.

ELENA. (*Aparte.*) Oh, Dios mio! dadme va-

ESCENA IX.

ELENA, ALBERTO.

BERTO. Señorita: lo que el mayor acaba de
os, os habrá hecho conocer que tenia que
uicaros un proyecto de felicidad y de por-
.

ELENA. En efecto.

ALBERTO. La suerte de dos personas va á decidirse en este momento: la primera es una jóven dotada de los dotes mas apreciables: la segunda es un hombre que espera de ella toda su felicidad.—Pero esta felicidad quiere obtenerla sin ningun género de sacrificio, y por eso me ha comisionado en su nombre para conocer su voluntad.

ELENA. Señor Alberto.

ALBERTO. (*Con viveza.*) Nada temais, Elena, responded sin temor y sin rodeos.

ELENA. Sí, sin rodeos. (*Con esfuerzo.*) Teneis razon, Alberto, el porvenir de dos personas se decide en este momento; la primera es un hombre cuya vida entera ha sido un continuo sacrificio, á quien se admira, á quien se deberia amar... la otra es una mujer que no es libre.

ALBERTO. Cielo!

ELENA. Á ese hombre todos los desgraciados le conocen... á esa mujer tenedla compasion, porque está en vuestra presencia confiando en vos.

ALBERTO. (*Dolorosamente.*) Con que amais á otro? Con que eran fundados los temores de Hermann? Tambien él debia sufrir un desengaño!

ELENA. Ah! si supierais, Alberto!—Yo no he ido á buscar al hombre que he preferido á vuestro amigo. (*Sorpresa de Alberto.*) Dios le ha guiado á mi presencia, yo le ví venir en medio de la tempestad, cuando todos me abandonaban, cuando iba á perecer! Cómo habré de negarle la vida que él me dió? Ah! si yo me atreviera á deciros...

ALBERTO. Nada: no quiero saber nada mas. —Perdonadme si no pude contener un movimiento de dolor al oiros, pensé en la desesperacion de Hermann y mi corazon se estremeció.—Pero habeis cumplido con vuestro deber, yo tambien cumpliré con el mio.—Elena, hoy mismo veré al mayor, y no hablemos mas del asunto.

ELENA. Pues qué! vos mismo os encargais.

ALBERTO. El mayor habrá cifrado su felicidad en este enlace.—Si sabe que la negativa viene de vuestra parte podrá irritarse, pero siendo de la mia, no podrá reconveniros.

ELENA. Ah! cómo podré reconocer...

ALBERTO. No teneis que agradecerme nada, Hermann me manda que proceda de este modo. (*Movimiento de Elena.*) Sí, previendo vues-

tro desden ha querido ser el único que padezca... Su principal deseo es lograr vuestra felicidad aun á costa de la suya. se cumplirá su deseo.— Despues que yo haya partido, Elena, la persona de vuestra eleccion podrá presentarse sin temor, yo hallaré medio de lograr el consentimiento del mayor.

ESCENA X.

DICHOS, CÁRLOTA *en la puerta de la derecha.*

CARLOTA. Se puede entrar?

ELENA. Ah!

ALBERTO. Carlota! (*Dirijiéndose á ella.*) Venid.

CARLOTA. Dispensadme si os interrumpo, pero acabo de saber la llegada de la señorita de Verghen y no he podido resistir á la impaciencia que tenia de verla.

ALBERTO. Es mi prima... á quien queria presentaros hace poco.

ELENA. Señora...

ALBERTO. Tratadla como á una amiga, Elena, como á una hermana.

ELENA. Quisiera ser digna de ese título.

CARLOTA. Con que vos me tengais algun cariño, yo os tendré mucho, y así las dos... además tiempo tenemos de conocernos porque he decidido al mayor á que se quede por algun tiempo, y espero merecer vuestra confianza.

ALBERTO. Sí, confiádselo todo, Elena, ella os guiará con sus consejos y os ayudará á vencer la oposicion del mayor.

CARLOTA. El mayor no hará mas que lo que yo le diga.

ALBERTO. Entonces pedidle que consienta en los deseos de Elena, ella os los dirá.—Os dejo solas. (*Vase.*)

ESCENA XI.

ELENA, CARLOTA.

ELENA. (*Mirando á Alberto que sale.*) Digno amigo de Hermann!

CARLOTA. (*Con intencion.*) Sí, de ese Hermann que os ama... pero que no ha conseguido hacerse amar de vos...

ELENA. (*Estremeciéndose.* Quien os ha dicho...

CARLOTA. Sin querer oí al entrar algunas palabras que me han hecho comprender...

ELENA. Cielo!

CARLOTA. Oh! no temais nada: Yo tambie[n] sé que el corazon no se inclina á lo que ad[...] mira, sino á lo que le fascina.

ELENA. Con que me disculpais?

CARLOTA. Sí, y os compadezco: os amo po[r] que sentís como yo, porque padeceis como y[o]

ELENA. Ah, señora!

CARLOTA. Llamadme Carlota: descubridm[e] vuestro corazon; decidme; es tan difícil qu[e] el mayor acepte á la persona que habeis ele[...] gido?

ELENA. Ah! mucho me lo temo.

CARLOTA. Le conoce?

ELENA. Hoy le ha visto por primera vez.

CARLOTA. En San Gall?

ELENA. No señora: aquí.

CARLOTA. (*Estremeciendose.*) Aquí! y no Alberto?

ELENA. No...

CARLOTA. Pues quien es entonces? Aquí n[o] hay mas hombre que Verther...

ELENA. (*Bajo.*) Es Verther.

CARLOTA. (*Dando un grito.*) Verther! (*[...] coje ambas manos.*) Mi marido!

ELENA. Qué decís?

CARLOTA. Desgraciada! Mi marido!

ELENA. (*Retrocediendo.*) Vuestro marido! [...] estoy perdida!

CARLOTA. Qué está diciendo? Perdida! [...] imposible! no es Verther... se engaña.

ESCENA XII.

DICHAS, VERTHER *por el fondo.*

VERTHER. Elena!

ELENA. Él es!

CARLOTA. (*Señalando á Verther.*) Él! Co[n] que... es cierto... Verther!... no... no, yo e[s]toy loca... Es preciso que esto se aclare... (*[Se] dirije á Verther, le toma de la mano y le l[le]va hácia dentro.*) Verther, respondcd...

MAYOR. (*Fuera.*) Aquí deben estar...

ELENA. Mi padre!

CARLOTA. El señor de Verghen! ah! yo s[a]bré...

VERTHER. (*Deteniendo á Carlota.*) Carlot[a] una palabra puede perdernos á todos.

ESCENA XIII.

DICHOS, ALBERTO, EL MAYOR.

ALBERTO. Aquí están. — Señoras, el may[or] os buscaba.

MAYOR. (*Con alegria.*) El desayuno está servido, señoras.

ELENA. (*Aparte á Verther.*) Quiero hablarte, Verther.

CARLOTA. (*Aparte al otro lado.*) Verther: en esta sala, dentro de una hora.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ELENA *entra agitada por el fondo.*

Por fin estoy sola! ah! no podia sufrir por mas tiempo las miradas de mi padre, las preguntas de Alberto: aquí á lo menos, nadie me ve, nadie me oye, aquí puedo dejar de contenerme. (*Se sienta.*) Dios mio! con qué es verdad! Verther es casado... ah! todavía estoy creyendo que soy presa de un horrible sueño. Casado! casado! (*Se cubre el rostro con las manos.*)

ESCENA II.

ELENA, VERTHER *al fondo, muy ajitado.*

VERTHER. Ella es.

ELENA. Verther!

VERTHER. (*cerrando la puerta del fondo.*) Por fin logré salir de allí. Es preciso que me oigas.

ELENA. Y qué me direis para justificar vuestro engaño?

VERTHER. Elena!

ELENA. Por qué no me dijisteis la verdad? Yo me hablasteis de vuestro aislamiento, de vuestra tristeza, creia vuestras palabras, confié en vuestro honor... en vuestro amor... y todo era mentira!

VERTHER. Oh! no, Elena, ámame, pon en duda mi virtud, pero no creas que era mentira mi amor. Desde el primer momento en que te vi, no fuí dueño de mi voluntad, sentí que mi corazon se unia al tuyo, tuve necesidad de verte, de oirte, y no queria engañarte. Sábelo Dios! Mil veces los remordimientos me han arrastrado lejos de tí, y corrí á decirtelo todo, pero al verte, sentia que una nube encantada me circundaba y no podia hablarte mas que de mi amor.

ELENA. (*con dolor.*) Y yo creí que podia aceptarle y esa confianza me ha perdido.

VERTHER. (*con desesperacion.*) No digas eso Elena, no digas eso, conozco que la razon me abandona... tú, perdida por mi culpa, no, es imposible, yo te salvaré, cuésteme lo que me cueste, pero respóndeme. epa al menos que no me aborreces.

ELENA. Aborreceros! Debia.

VERTHER. No, Elena, no, porque yo te amo mas que á todo en el mundo. Ah! tu no puedes aborrecerme porque todo lo he olvidado por tí. Si quieres que viva, me perdonarás. Elena. Pero en nombre del cielo! háblame, di una sola palabra que me tranquilize... una mirada.. Elena! tiemblas! lloras! (*con un grito de alegria.*) Ah! todavía me amas.

ELENA. Verther!

VERTHER. Tu me amas! aun seremos felices, el mundo puede rechazarnos, pero á lo menos seremos el uno del otro.

ELENA. Cómo?

VERTHER. Escucha: tú, solo debes temer la cólera de tu padre, y las reconvenciones de un corazon despedazado... Salgamos de esta atmósfera de deshonra y remordimientos, —huyamos hoy mismo.

ELENA. (*retrocediendo.*) Qué decis?

VERTHER. Es el único medio para salvarnos. Solo nuestro amor nos queda, pues bien, sea esta nuestra riqueza y nuestro consuelo, fuera de aqui nadie vendrá á colocarse entre nosotros, la soledad nos pertenecerá y seremos reyes de nuestra vida.

ELENA. (*alejándose temblando.*) Callad, Verther, callad, no quiero escucharos, vuestra voz me fascina, vuestra mirada me turba, no me atrevo á tomar una resolucion...

VERTHER. Y á que has de resolverte si no á salvar el resto de nuestras esperanzas!

ELENA. Abandonar á mi padre! es imposible.

VERTHER. Y si el mismo te rechaza?

ELENA. Ah!

VERTHER. (*cojiéndola de la mano.*) No sa-

bes que aquí todos son enemigos nuestros ?

Elena. Es verdad. Dios mio !

Verther. Piensa Elena que la menor tardanza puede perdernos y separarnos para siempre... responde por Dios, responde.

Elena. Verther !

Verther. Consientes, no es verdad? consientes.

Elena. Pues bien. Si, es preciso...

Verther. Viene gente.

Elena. Dios mio! será mi padre? como huiré de él ?

Verther (*Señalando á la puerta de la izquierda.*) Por aquí. (*Vase Elena por la izquierda, Verther cierra la puerta. Carlota abre la del fondo.*)

ESCENA III.

VERTHER, CARLOTA.

Verther. (*al verla.*) Carlota !

Carlota. No debeis estrañar mi presencia puesto que os tenia pedido una entrevista.

Verther. No lo he olvidado.

Carlota. Con qué os dignareis oirme ?

Verther. Hablad señora.

Carlota (*se acerca, hace un esfuerzo y dice.*) Yo venia... vengo... yo.. (*Las lágrimas ahogan su voz.*) Dispensadme si mi espíritu se turba, si las palabras me faltan... hubiera deseado tener mas fortaleza... pero ay ! no puedo..

Verther. Sé que reconvenciones podeis hacerme...

Carlota. No os hago ninguna !... no: hace una hora el esceso de la sorpresa y del dolor pudo mas que yo, entonces no hubiera podido hablar sin dar gritos de desesperacion, de indignacion... pero ahora, ya he vuelto á la razon... ya he comprendido que vuestro cruel abandono tal vez seria un castigo justo... y por eso he venido, no á acusaros, sino á preguntaros qué es lo que yo he hecho que he merecido perder vuestro amor.

Verther. Qué estais diciendo ?

Carlota. Ya sé que no basta el cariño mas acendrado para proporcionar una contínua felicidad: tal vez he carecido de toda la espresion, de toda la paciencia y pasion que vos deseabais... os engañé sin querer ! Si es así decídmelo con franqueza, probadme que yo he tenido la culpa... sepa yo que mi pena es merecida... porque mas que mi felicidad dese jus ificarme con vos.

Verther. (*muy conmovido.*) Carlota !

Carlota. Responded con libertad Verther yo procuraré oiros con calma... responded.. ya os escucho. (*se deja caer en el sillon.*)

Verther. (*con una emocion que no pued dominar.*) ¿Porqué me hablas así, Carlota... y hubiera podido sufrir tu cólera, tu desespera cion pero no esa humilde resignacion... Car lota... perdóname. (*Cae á sus pies.*)

Carlota. Qué haceis ?

Verther. Quieres que te acuse cuando sol debo bendecirte.

Carlota. (*levantándose.*) Conque es verdad coaque vuestro corazon nunca me ha recon venido?

Verther. (*que tambien se ha levantado.* Nunca !

Carlota. Nunca ! (*con ímpetu.*) y sin em bargo ya no me amais ? entonces como os dis culpareis: la felicidad que tanto anhelabais sin la cual no podiais vivir, Dios os la dió con tra toda esperanza, y apenas la obtuvisteis cuan do cesó de agradaros: aceptasteis el sacrific de Alberto para inutilizarle.

Verther. (*con amargura.*) Alberto ! al maldito sea el dia que impidió mi muerte.

Carlota. Qué decis ?

Verther. (*con amargura y una violenc que va en aumento.*) Si, sus desvelos, los vue tros, conservaron mi vida y me encontré e cadenado por un juramento. ¿Por qué no me d jasteis entonces dormir entre mis primeras il siones juveniles, por qué me sacasteis del s pulcro á donde descendia sin remordimient para arrojarme entre las tentaciones y azar de la vida ? no sabiais ya que yo era uno esos desgraciados que se cansan hasta de la f licidad; con una voluntad ardiente como llama, pero que se apaga como ella, dejando su paso solamente cenizas!

Carlota. Ah!

Verter. Sé yo por ventura, porque ha cam biado mi alma ? porque lo que me colmaba d alegria insensiblemente se ha trocado en tris teza ? Ah ! yo no os he hablado de lo que es toy sufriendo hace dos años.

Carlota. Y yo Verther! os he hablado tan poco de mis penas ? Tambien yo hace dos añ que en vano quiero volver á encontrar la en trada de ese corazon cerrado; que ahogo m lágrimas, último consuelo de los desesperado

cuando es preciso una mirada, una sonrisa. — Insensata! no sabia que las miradas se dirijian á otro lado, que las sonrisas eran para otra! que mientras yo esperaba con toda la incertidumbre de la esperanza que me pagariais un cariño que no habia merecido perder... vos me vendiais, me vendiais villanamente!

Verther. Pues bien! á que tanto padecer! Bendigo la desgracia que ha abierto vuestros ojos. Puesto que yo soy para vos una causa de dolor y que en adelante mi presencia os atormentaria, la vuestra me reconvendria; no prolonguemos un suplicio que hemos sufrido demasiado. — Aun es tiempo, señora. — Separémonos.

Carlota. Separémonos! que habeis dicho! Separémonos!

Verther. (*Haciendo un esfuerzo.*) Si.

Carlota. Ah! eso era lo que vos deseabais. Os habeis acusado para poder romper con mas seguridad. Entrabais humilde por que temiais que os perdonase...

Verther. No imagineis...

Carlota. Basta: habeis dicho una palabra que será la última entre nosotros dos. — Ya sois libre.

Verther. Carlota!

Carlota. Id á decirselo á la que amais. Marchad. (*Vase Verther.*)

ESCENA IV.

CARLOTA *sola.*

Si!... separados! es preciso... porque ya no me ama! nunca me ha amado. — Oh! corazon, como no te despedazas... Ya no lloraré; la indignacion suplirá al valor.

ESCENA V.

CARLOTA, EL MAYOR *que entra con los brazos cruzados y pensativo.*

Mayor. (*Viéndola.*) Ah! iba á preguntar por vos señora.

Carlota. Por mí!

Mayor. Si; tenia que hablaros; tenia que pediros un favor.

Carlota. Cómo?

Mayor. Tal vez os asombre la libertad que me tomo con vos porque apenas hace dos horas que nos conocemos... pero hay casos en que la confianza es como la amistad, viene de repeton... y á vos no tengo inconveniente en decir...

Carlota. Vais á confiarme alguna cosa?

Mayor. Ya sabeis que esta mañana hablando con vos de mi hija os participé cierto proyecto de matrimonio, pues bien, despues he visto á Alberto! ya no hay que pensar en la boda. — Acaba de suspenderlo todo en nombre de Hermann.

Carlota. Alberto!

Mayor. Primeramente no quiso entrar en esplicaciones, pero yo le obligué á que me escuchara y me respondiese; y al fin, al cabo he descubierto que el obstáculo venia por parte de mi hija... porque amaba á otro.

Carlota. Ah!

Mayor. Cuando lo descubrí no pude dominar el primer movimiento de la cólera — Pero Alberto me detuvo... y echó mano para apaciguarme de todo lo que le inspiró su generosidad y su indulgencia — Cedí por fin prometiéndole interrogar á Elena con calma y obtener de ella una completa confesion

Carlota. Vos? (*Sale Elena.*)

Mayor. Pero no sé porque, cuando quise cumplir mi promesa .. desconfié de mi mismo. Temí preguntar mal á mi hija, y asustarla; en fin vengo á rogaros que la hableis vos.

Carlota. Que decis?

Elena. Ah!

Mayor (*Volviéndose al grito de su hija.*) Elena! estabas ahí... escuchándonos.

Elena. Acababa de entrar.

Mayor. Y has oido lo que estaba diciendo á esta señora...

Elena. Padre...

Mayor. (*Conteniendo su cólera.*) Acercaos y respondedl... no á mí, que tal vez no podria oirte con paciencia, si no á la señora que te escucha — Dila como se llama el hombre que prefieres á Hermann.

Carlota. A mi? oh! no, á mí no... no quiero oirle.

Mayor. Entonces vos le conoceis. Hablad — su nombre.

Carlota. Vuestra hija os lo dirá — si se atreve á pronunciarle. (*Vase.*)

ESCENA VI.

EL MAYOR, ELENA.

Mayor. Si se atreve. Pues qué, te deshonraria decirle? Habla.

Elena. Padre! padre mio!

Mayor. Quiero saber quien es.

Elena. Es imposible.

Mayor. Imposible! Cuando hace poco me habló Alberto, comprendí que no podriais ser sino del hombre que habeis elegido... que de ese matrimonio dependia vuestro honor... Vuestra emocion prueba que imaginé la verdad... y no quereis decirme el nombre de ese hombre — Está infamado!

Elena. Oh! no, no lo está.

Mayor. Entonces porque no quieres decirme quien es? — Tu deshonra ha de ser borrada ó vengada — Quiero saber su nombre sea cual fuere — lo oyes? (*La coge de la mano.*)

Elena. No puedo.

Mayor. (*Fuera de sí*) Mi paciencia se acaba, no soy dueño de mi cólera. (*Arrastrándola al proscenio.*) Hablarás?

Elena. No puedo: no puedo.

Mayor (*Levantando las dos manos.*) Desgraciada!

Elena. (*Cayendo de rodillas.*) Perdon! perdon, padre mio!

Mayor. (*Echándose atrás.*) Idos, Elena, idos — ó no respondo de mi. (*Elena se levanta y va*

á salir.) Pero escuchad bien lo que voy á deciros. — Si no podeis pronunciar ese nombre os será mas facil escribirlo.

ELENA. Como?

MAYOR (*Señalando á la izquierda.*) Entrad en ese cuarto! yo iré á él dentro de un momento... y si persistis en callar .. entonces!... entonces... yo mismo buscaré al culpable que no habeis querido darme a conocer — y mataré al primero de quien sospeche.

ELENA. Cielo!

MAYOR. Si es inocente Dios me perdonará y su sangre caerá sobre vos — Id.

(*Elena entra en el cuarto de la izquierda.*)

ESCENA VII.

EL MAYOR *solo.*

Sí, no tardaré en vengarme. — Dentro de una hora parto á San Gall. Allí ha vivido ella; y allí encontraré al que busco — Pero para vengar mi injuria necesito un amigo, un testigo. — Alberto!... no: seria un obstáculo, trataria de reconciliarnos y eso es imposible — no quiero que sepa nada... pero á quien me dirigiré?

ESCENA VIII.

EL MAYOR *pensativo,* VERTHER *entra sin verle.*

VERTHER. (*Ap.*) Ya habrá dado Fritz mi carta á Elena... con tal que no vacile.

MAYOR. (*Viendo.*) Ah! vos, Verter. vos

VERTHER. Que deciais?

MAYOR. Dos palabras: ¿no es verdad que hay ocasiones en que puede uno hacerse justicia á si mismo de los crímenes de honor que la ley no castiga y que un hombre de corazon debe vengar?

VERTHER. (*Turbado.*) Porque me decis eso

MAYOR. Responded.

VERTHER. Quien lo duda?

MAYOR. Pues bien; yo tengo que venga uno de esos crímenes — necesito un testigo quereis serlo mio?

VERTHER. Yo?

MAYOR. Os negareis por ventura?

VERTHER. Ah! pero no podeis esplicarme...

MAYOR. Todo lo sabreis despues: por ahor seguidme á San Gall; vuestras armas me ser virán. (*Alberto aparece á la puerta del fondo* Están ahí: las he visto.

VERTHER. (*deteniéndose.*) Esperad; yo mism iré á buscarlas — aguardadme un momento.

MAYOR. Bien. (*Va á tomar el sombrero* (*la mesa de la izquierda.*)

ALBERTO. (*Deteniendo á Verther en el fon sin ser visto ni oido por el mayor*) Mentís.

VERTHER. Alberto!

ALBERTO. Vais á reuniros con Elena que de bia estar esperándoos para huir...

VERTHER. Quien os ha dicho..

ALBERTO. (*Enseñando la carta.*) Esta car que he cogido á Fritz.

VERTHER. Oh! silencio por Dios!

MAYOR. Qué es eso? qué sucede?

ALBERTO. Sucede, mayor, que yo sacr fiqué á un hombre toda la felicidad de mi v da, y que ese hombre, no contento con habe me condenado á un eterno aislamiento ha h rido en el corazon á Hermann, á Carlota, todos los que yo amaba. — Vos quereis testigo para un duelo á muerte: yo quie serlo!

VERTHER. (*Ap.*) Alberto.

MAYOR. Es posible!

MAYOR. Ademas no queriais saber quien e el que ha deshonrado á vuestra hija?

MAYOR. Si.

ALBERTO, (*Señalando á Verther.*) Miradle

ACTO TERCERO.

Decoracion parecida á la del prólogo.

ESCENA PRIMERA.

ALBERTO, FRITZ.

ALBERTO. Conque la señorita Elena no ha salido de su cuarto?

FRITZ. No señor.

ALBERTO. Y la señora tambien está encerrada en el suyo?

FRITZ. Tambien, está escribiendo.

ALBERTO. Bien, idos. (*Vase Fritz.*) Que sucederá — ah! no puede suceder nada bueno.

ESCENA II.

EL MAYOR, ALBERTO.

ALBERTO. (*Dirigiéndose á él.*) Y bien, m yor?

MAYOR. Ya está todo arreglado y yo est pronto.

ALBERTO. Aun no ha llegado el momento.

MAYOR. No, ya sé que mi adversario ha i al pueblo vecino á buscar un testigo.

ALBERTO. Y dentro de una hora los dos e tarán en el ventisquero viejo.

MAYOR. Yo tambien estaré: pero antes e cuchadme, amigo, tal vez me quedan poc

stantes de vida... en este duelo puede la
erte declararse contra mí.
ALBERTO.... Entonces os vengaré.
MAYOR. (*Vivamente.*) No, de ningun modo.
persistireis en esa resolucion, es preciso que
vais,
ALBERTO. ¿ Para que quiero la vida? no
perdido en el mundo todo lo que daba va-
y paciencia á Carlota que ya no puede vi-
, á Hermann, á quien acabo de escribir y que
cuanto reciba mi carta saldrá de Alemania
ra siempre ! ¿ para quien he de vivir en ade-
lte?
MAYOR. Para una pobre huérfana á quien
le guardo mas amparo en el mundo que
s.
ALBERTO. Elena ?
MAYOR. Vos la habeis defendido, vos la ha-
is disculpado ! me habeis pedido su perdon—
fin mi alma se ha conmovido, quizá no la
lveré á ver, estinguióse mi cólera, y sola-
nte pienso en su deshonra, en el abandono en
e queda cuando yo deje de existir.—Alberto,
nsoladla, protegedla vos, en nombre de nues-
amistad, en nombre de Hermann.
ALBERTO. De Hermann! ah ! teneis razon! si,
tengo que cumplir ese deber... él quiere
Elena sea feliz, yo tengo que cumplir su
eo.
MAYOR. (*Con alegría.*) Conque me prome-
ser el protector de mi hija ?
ALBERTO. Os lo prometo, mayor; todo por
persona que Hermann ha amado, nada por
. y si es necesario justificar mi proteccion
os ojos del mundo — lo haré, mayor... y en
bio de mi nombre solo pediré á Elena, la
stad de una hermana.
MAYOR. (*Abrazándole.*) Ah ! amigo mio ! hi-
nio... Dios no nos abandona puesto que me
dado tal amigo en vos: ahora... ah ! ahora
iera desear que me fuera contraria la suer-
(*Movimiento de Alberto.*) Pero la hora está
cana... Me prometisteis traer armas.
ALBERTO. (*Señalando el cuarto de la dere-
.*) Están ahí.
ALBERTO. Id por ellas... yo os esperaré.
(*rlota aparece en lo alto de la escena.*)
ALBERTO. Bien: al instante voy. (*Entra en
a erecha, el mayor se va por el fondo.*)

ESCENA III.

CARLOTA.

un no ha llegado la hora: Verther está
nte: puedo volver á mirar este aposento.
! que recuerdos! esta sala que quise
parecida á la de la casa de mi tia... esta
era por la que le veia bajar: todo me re-
un tiempo que quisiera olvidar. si, to-
hasta este cofrecito que me regaló Verther
nde tenia reunidos sus primeros regalos.
ores! cartas! Recuerdos encantadores de
asado lleno de esperanzas, y del que no
a mas que penas (*Con dolor.*) No, nada
sto me pertenece, nada quiero conservar
(*cerca á la ventana*) llévese el torrente
corre al pié de esta ventana estos testi-
monios de esperanza y ventura como el tiem-
po se ha llevado la ventura y la esperanza.
(*Va arrojando al torrente las flores y las car-
tas unas tras otras mirándolas antes.*) Id,
prendas de un amor estinguido recuerdos de
una felicidad pasada, últimos símbolos de mis
encantos juveniles, id donde va en este mun-
do, todo lo que es bello, todo lo que es tier-
no — adiós por la última vez. (*Arroja el co-
frecito y se queda con la frente apoyada en la
paréd.*)

ESCENA IV.

CARLOTA, ALBERTO *sale del cuarto de la derecha con una caja de pistolas.*

CARLOTA. (*Viéndole.*) Alberto! que es lo que
llevais ahí.—ah! (*Alberto quiere ocultar la ca-
ja.*) Todo lo he visto, el mayor os espera?
ALBERTO. Si.
CARLOTA. Y los dos vais á reuniros con Ver-
ther... No me engañeis, todo lo he adivinado.
ALBERTO. Entonces Carlota, no me pregun-
teis nada. — Dejadme cumplir mi mision.
CARLOTA. Oidme antes.
ALBERTO. Carlota !
CARLOTA. (*Interrumpiéndole.*) Oh! no te-
mais que os atormente con simplezas — serian
inútiles.. lo sé. (*Con amargura*) Habeis de-
cidido que la desgracia que nos hiere solo pue-
da detenerse con la violencia, que es preciso
que el llanto se mezcle con sangre: — no ape-
laré á su decreto — pero antes de que se cum-
pla quiero hablar al mayor.
ALBERTO. Vos !
CARLOTA. Decidle que no verá correr mis lá-
grimas, que no le suplicaré nada, que solo
deseo una conversacion tranquila y corta.
ALBERTO. Pero no puedo comprender...
CARLOTA. Vos nos acompañareis Alberto, vos
sabreis lo que deseo... ahora acceded á mi rue-
go — obtened esa entrevista.
ALBERTO. Os lo prometo Carlota.
CARLOTA. (*Apretándole la mano.*) Entonces
aquí os espero... Id, amigo mio. (*Vase Alberto
por el fondo*)

ESCENA V.

CARLOTA, *sola, se dirige á un reclinatorio que hay á la derecha y se arrodilla.*

Solo deseo tener fuerza bastante para esta
conversacion... y luego... vos tendreis compa-
sion de mi. Dios mio.. porque conoceis que pron-
to dejaré de padecer.

ESCENA VI.

ELENA (*por el fondo.*) CARLOTA.

ELENA. (*Viendo á Carlota.*) Sola está! va-
mos. (*se adelanta hácia Carlota que la ve y
se levanta.*)
CARLOTA. Que veo! vos aquí!
ELENA. Hablad bajo por Dios, señora.
CARLOTA. Que venís á buscar aquí? que que-
reis?
ELENA. Que me escucheis.

CARLOTA. No loespereis de mi. (*Se dirige á la escalera.*)

ELENA. Señora, yo os lo ruego.

CARLOTA. Dejadme.

ELENA. Por mi, señora, os lo suplico, por vos misma — por Verther.

CARLOLA. (*Deteniéndose.*) Os atreveis á pronunciar ese nombre en mi presencia?

ELENA. Es el único que podría deteneros. (*con energia.*) es preciso que me oigais señora, es preciso.

CARLOTA. Esto mas. Dios mio' hablad.

ELENA. Podria justificarme: Cuando la casualidad hizo que encontrase al hombre que nunca hubiera debido conocer, ignoraba que su nombre pertenecia a otra: cedí á un fascinamiento que vos misma esperimentasteis, pero á nada conducen esas lágrimas: criminal ó desgraciada, yo he sido rival vuestra, yo os he quitado la tranquilidad, quiero devolvérosla.

CARLOTA. Qué decis?

ELENA. Si no fuera por mi, todo tal vez se arreglaria: vos podriais olvidar, mi padre renunciar á una venganza ya inútil... yo soy la que hace imposible vuestra union y el perdon de mi padre.

CANLOTA. Y bien!

ELENA. (*Con resolucion.*) Señora, no quiero pòr mas tiempo suplicar la tranquilidad de todos.

CARLOTA. (*Dando un grito.*) Ah! quereïs morir!

ELENA. (*Con voz sombría.*) Si, morir para que los demas puedan vivir... y olvidarme.

CARLOTA. (*Mirándola.*) Y... porque me confiais este proyecto?

ELENA. Porque vos únicamente podreis ayudarme á cumplirle: si mi padre sabe que mi muerte es voluntaria acusará al que la ha motivado querrá, vengarla como hubiera vengado mi vida... es preciso que no llegue á saber la verdad.

CARLOTA. Cómo?

ELENA. Si, Alberto negará que mi muerte ha sido natural, mi padre no sospechará, y no caerá sobre mi memoria la mancha del suicidio.

CARLOTA. (*Estremeciéndose.*) Ah!

ELENA. Vos únicamente podeis obtener de Alberto esa promesa señora, y por eso he venido... Ah! suceda lo que suceda, mi resolucion está tomada, y la llevaré á cabo: si mi vida ha sido para todos causa de desventura y discordia, pueda mi muerte consolaros: no me negueis este último deseo, os lo pido á vuestros piés.

CARLOTA. Es eso todo lo que teniais que pedirme?

ELENA. Todo? no señora — aun me queda que haceros otra súplica — Cuando todo va á concluir para mí, no conserveis en vuestro corazon odio ni rencor; Deseo una mirada, una sola palabra, que diga que perdonais á la que va á morir. (*Se arroja á sus piés.*)

CARLOTA. Morir, vos, jóven, hermosa y amada — ah! no os toca á vos morir.

ELENA. Cómo?

CARLOTA. Levántate hija mia y mirame.

ELENA. Señora. (*Aparecen al fondo Alber y el Mayor.*)

CARLOTA. Tu estabas resuelta á salvar á to da costa la vida y la felicidad de Verther?

ELENA. Si.

CARLOTA. Pues bien... lo que tu querias ha cer... yo. . yo lo he hecho ya.

ELENA. Que estais diciendo?

CARLOTA. No has visto lo que estaba sufrie do cuando tu me hablabas...

ELENA. Y bien!

CARLOTA. Era... eran los dolores del venen

ELENA. Ah!

ALBERTO. (*Mostrándose.*) Dios mio!

MAYOR. (*Id.*) Cielo!

CARLOTA. Alberto!

ALBERTO. (*Corriendo á Carlota*) ¿Que h beis dicho, Carlota?

CARLOTA. (*Vacilante.*) La verdad.

ALBERTO. Oh! no — no, yo olvidaré (*Ve ther aparece al fondo.*)

CARLOTA. Es tarde Alberto — yo voy á morir

VERTHER. (*Corriendo á ella.*) ¡Que oig Carlota!

CARLOTA. (*Dando un grito de alegria.*) Ve ther! Dios mio! le vuelvo á ver!

VERTHER. (*Tomándola en sus brazos.*) Ca lota! he oido mal... no es verdad — Carlot ah! socorro, socorro! (*La sienta y se dirige Alberto.*)

CARLOTA. Es inútil.

VERTHER. (*Volviendo á Carlota.*) Inútil!

CARLOTA. Era un obstáculo á vuestra feli dad — Ya no le hay.

VERTHER. (*Cogiéndola de la mano.*) C Carlota! Carlota!

CARLOTA. No llores porque muero, Vertl ceso de padecer.

VERTHER. Carlota!

CARLOTA. Valor! (*Hace un esfuerzo para vantarse*) Dame tu mano — Sostenme,.. Qu ro hablar al señor de Verghen... Donde es

MAYOR. A mí?

CARLOTA. Ya lo veis, mayor — ese duelo inútil puesto que todo puede repararse — J radme que no os batireis.

MAYOR. Pero...

CARLOTA Negareis el deseo de un moribund

MAYOR. Ah! lo juro.

CARLOTA. Gracias.,. Verther! Verther mi sé feliz... no pienses nunca en mí.., Verthe dame tu mano .. Adiós... adiós Verther.

TODOS Ah! (*Cae muerta.*)

VERTHER. (*Frenético.*) Carlota! una palal mas... Carlota... no me oye! óh Dios mio inmóvil.. muerta! muerta! (*Cae de rodillas ju to al cadáver.*)

ALBERTO. (*A Elena.*) Venid y no desesp reis, aun os queda el porvenir.

VERTHER. (*Levantándose.*) Ah! no me ab doneis, no me abandoneis, Alberto (*Con sesperacion*) Y á mí que me queda?

ALBERTO. (*Señalando al cadáver.*) Los cuerdos! (*Verther dá un grito y vuelve á c de rodillas junto al cadaver, mietras Albe toma la mano de Elena y sale con ella y mayor.*)

FIN DEL DRAMA. — Es propiedad del editor de las Joyas del Teatro.

Obras publicadas en la biblioteca dramática:

JOYAS DEL TEATRO.

TÍTULOS.	ACTOS.
Cárlos VII entre sus vasallos	5
Los Quid-pro-quos	1
Matilde.	5
Un corazon de muger.	3
El conde de Monte-Cristo, 1.ª parte.	4
El Conde de Monte-Cristo, 2.ª parte.	4
El Hijo del Diablo.	8
Diegniyo pata de Anafe.	1
Los libertinos de Ginebra.	9

TÍTULOS.	ACTOS.
Vifredo el Velloso.	4
Las cuatro barras de sangre.	4
El Judío errante.	6
Amarguras de la vida.	5
El Libro Negro.	6
El castillo del Diablo.	5
Julieta y Romeo.	3
Conde, ministro y lacayo.	4
El conde de Monte-Cristo. (nuevamente arreglado).	4
Los espósitos del puente de	

TÍTULOS.	AC
Ntra. Señora.	
Corona y tumba.	
Maria ó la hija de un jorna lero.	
Es un loco!...	
D. Lope de Vega Carpio.	
Los siete castillos del diabl	
La última conquista.	
Quebrantos de amor.	

El editor á las empresas teatrales.

Las *Joyas del Teatro* cuentan ya con un número regular de producciones, y el éxito fa rable obtenido por algunas de ellas en los mas principales teatros, es la mejor garantía su mérito. Animado por lo mismo el editor al ver la creciente nombradía de su bibliot trata de proporcionarla todo el impulso posible y de no perdonar medio alguno para su m yor lustre y de no despreciar ventaja que pueda ser útil á los teatros que se dignen honr le con su cooperacion.

Por toda la presente temporada, es decir, hasta fin de Junio de 1850 (segun el real creto vijente) solo se exijirán SEISCIENTOS REALES á los teatros de la Cruz y Circo de Mad Santa Cruz y Liceo de Barcelona; Principal y San Fernando de Sevilla; Principal de C y al de Valencia, que segun el mismo decreto son de primer órden; CUATROCIENTOS al I tituto de Madrid y á los de Coruña, Granada, Málaga, Palma, Valladolid y Zaragoza, son los de segundo órden; y DOSCIENTOS á los restantes que son los de tercer órden.

Esta cantidad podrá, si la empresa lo juzga mas ventajoso, ser satisfecha en dos pla La mitad en el acto de suscribirse, la otra mitad en 1.º de Enero de 1850.

En cambio, el editor ofrece solemnemente tener en su biblioteca un número de cincu producciones, lo menos, antes de terminar la temporada.

A las empresas que se suscriban antes de terminarse el presente año, les será remi franco un ejemplar de cada una de las producciones que vean la luz.

Los teatros que, sin estar suscritos, pongan en escena cualquiera de las obras de las yas del Teatro, satisfarán CIEN REALES, ya sea produccion dramática en uno ó mas actos sea orijinal ó traducida.

Como se ve, no pueden ser las anteriores condiciones mas beneficiosas para las empr de teatro. Los corresponsales del editor quedan autorizados para cerrar el trato, no ap tándose de lo dicho. El editor renuncia á las ventajas que la ley le concede.

Las obras que sucesivamente verán la luz, sin perjuicio de intercalarlas con las que n vamente adquiera, son las siguientes, algunas de ellas debidas á aplaudidos escritores d corte.

DRAMAS Y COMEDIAS.

La fé, la esperanza y la caridad, traduccion.
En 1830, original.
La duquesa, original en verso.
La escuela de las familias, traduccion en verso.
Leonardo el peluquero, traduccion.
Al toque de oracion! original en verso.
Elzear Chalamel, traduccion.
Las Hijas del Doctor, traduccion.
Los estudiantes, traduccion.
Los borceguíes del rey moro, original en verso.
La hija de la favorita, duccion.
Celos, despecho y amor, ginal en verso.
Pobre porfiado saca mendr original.
Y á mí que me cuenta original en verso.

PIEZAS.

En el dote está el busilis. original en verso.
Un poema desgraciado, original en prosa.
Un cuarto con dos puertas, traduccion.
Un viernes, traduccion.

Todas las citadas producciones están ya en poder del editor, sin que se cuenten en número las que autores conocidos de Madrid y Barcelona le están escribiendo y traducie por encargo particular.

Ninguna obra publican las *Joyas del Teatro* que no sea revisada por un comité de lite tos acreditados que han tenido á bien admitir el encargo que les ha hecho el editor de visar y darle su parecer acerca las producciones que se le remitan.

Ningun manuscrito admitirá el editor que no venga *franco de porte*.